



1. Esa oscura transición

Cada vez que la transición política española entra en crisis, a todos nos entra un temblor exagerado. Como si un fantasma familiar decidiera quitarse su sábana y mostrarse tal cual es. Los protagonistas de turno, en manos de la opinión pública mediática, acaban siempre lanzados a las tinieblas exteriores, pero si la situación se analiza al poco tiempo y con los ánimos ya aquietados, resulta que nada quedó verdaderamente clarificado, como si el personal implicado no hubiera querido llegar hasta el final. Bajo el mando del olvido es obvio que encubrimos un pánico atroz a que, cualquier día, alguien comience a tirar del hilo y la verdad transitoria salga a la luz pública.

Felipe González, tan llamativo él en sus permanentes intervenciones a raíz de situaciones relevantes (nunca en otras de menor calado), puso a todos de los nervios cuando reivindicó un margen importante de responsabilidad histórica en los años transitorios y muy especialmente cuando el trasiego constitucional. Y en la lejanía de sus periplos conferenciantes vino a decirnos que Adolfo Suárez no hubiera ido hasta donde fue, sin la preciosa presión de él mismo y de los socialistas. Tas la conocida carta abierta del hijo del político abulense al político sevillano, tras la otra carta de cuarenta personas que fueran ministros con Adolfo Suárez, también afectando al ahora nómada socialista, y tras una multitud de agravios por haberse dicho lo que se dijo, es de observar que Felipe González pidió excusas, pero en momento alguno se desdijo del fondo de la cuestión. Pero la polémica se ha cerrado del todo, entre otras cosas porque el socialismo no está para juergas, y también en función de la derecha en el poder. Y de otras razones que no se citan aquí.

Resulta, a la vez, que se estrena una película española titulada **Sé quién eres**, de Patricia Pereira, donde se nos cuenta, suficientemente bien, unos asesinatos actuales que guardan relación con una trama militar de los setenta. La película aborda un momento histórico tenso, crudo y sin piedad,

donde las tramas negras funcionaron de forma cotidiana, hasta el punto de que muchos de sus protagonistas deben estar vivos en este momento. La película ha pasado sin pena ni gloria, y no ha merecido el aviso crítico de cuanto señala, que es mucho.

Pregunta ingenua, de ciudadano bienpensante y perfectamente incardinado en el sistema vigente: *¿cuándo sabremos lo que realmente sucedió en la transición?* Alguien debería ir abriendo la boca. Lentamente. Para que, una mañana, no acabemos por saberlo de forma traumática.

D. Hopper

2. Domesticar la rosa

El 29 de junio de 1900 y en Lyon, nacía quien sería uno de los pilotos aéreos más significativos de la centuria. Un empedernido idealista que llevó su radical utopía sobre los cielos entre Europa y África, y murió cuando se estrellaba su avión. Por razones nunca objetivadas, parece que su familia y amistades han preferido mantenerle en el fondo del mar, que tantas veces contemplara. Antoine de Saint-Exupéry vivió encerrado en un alto margen de misterio, y sigue en esa neblina con la que solía encontrarse cuando volaba en «vuelo nocturno» sobre «tierra de hombres». Sin embargo, pocos personajes literarios mantienen una relevancia tan alta como el protagonista de su *Le petit prince*, ese principito de pelo amarillo, capa azul pálido y botas de azulado más intenso, con estrellas en las hombreras y un sable en la mano izquierda, que mira con cierta abstracción el lugar en que se halla puesto. A su lado, dos ovejas, tan representantes del cuento que protagoniza.

¿Por qué sigue viviente en los ánimos de cada generación el Pequeño Príncipe del aviador francés? Resulta tan sencillo como interrogante. Los seres humanos, tan sumergidos en situaciones y formas de vida coyunturales que nos asfixian, necesitamos un margen de sueño en el que alzarnos hasta planetas maravilloso, que nos ayuden a sobrevivir precisamente en el nuestro con un mínimo de sentido. Es lo que le dice el zorro al muchacho resplandeciente: *«He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos»*. Y para rematar la faena, relaciona esta afirmación con una célebre rosa, desde líneas antes comentadas: *«Los hombres han olvidado esta verdad. Pero tú no debes olvidarla: Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...»*.

Todo esto, la domesticación y la rosa, entre otras realidades que ocupan el libro, nos interrogan sobre dónde poner el acento de la vida, no sea que nos perdamos en jardines inmensos e imposibles y descuidemos la rosa que tenemos a mano, esa que nos haría sencillamente felices porque podríamos sentirla como propia, y cuidarla, y amarla. Porque domesticar, para el aviador francés, es atender, crear lazos, facilitar unión.

Sugerencia: EMECE Editores lanzó en su momento una edición de *El Principito*, con ocasión de su cincuenta aniversario. Si pueden, háganse con ella. Es un tanto carera. Pero el texto aparece limpísimo y se reproducen los dibujos originales del autor, que son excelente recreación de tanta ingenuidad como hemos dejado en el camino.

P. de P.

3. Carlo Maria Martini

Ha cumplido 73 años y se mantiene retirado en su ámbito milanés, sin apenas conceder entrevistas ni permitir ingerencias en su vida. Escribe mucho. Habla a sus fieles mucho más. Siempre que alguien acude a él para alguna cuestión relativa al bien de la Iglesia y de la humanidad, está presto a servir. Es alto, delgado, elegante, patricial, y mantiene una mirada entre escrutadora y fría, como si quisiera introducirse en quien tiene delante. Experto biblista, ignaciano puro, dialogante con sus contemporáneos, pastor eminente, apenas se le pueden poner pegas a quien gobierna, desde la mansedumbre, la archidiócesis milanesa y es protagonista fundamental de la vida católica italiana. Carlo Maria Martini es cardenal de la Santa Iglesia, y su nombre suele sonar siempre que se habla de posibles sucesores de Juan Pablo II. En fin.

Precisamente por su talante recatado y poco amigo de parafernalias sociales, produjo sorpresa la concesión del Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Entre excelentes candidatos, se prefirió su persona por estas razones específicas: su *actitud dialogante* y su *talla intelectual*. Es decir, no se premia tanto su dimensión eclesial/eclesiástica, que es tan relevante, como su aportación a la creación de un ambiente comunicativo en el seno de nuestra sociedad contemporánea, desde una base de gran hondura intelectual. Puede que sus conversaciones con otro de los Príncipe de Asturias del 2000, su compatriota Umberto Eco, de quien escribíamos el mes pasado, hayan merecido la atención de un jurado con suficiente sensibilidad humanista para el caso.

Con ocasión del último Sínodo de los obispos europeos, Martini dejó escuchar su voz profética de forma implacable: en definitiva, vino a postular un nuevo concilio o algo muy semejante, para afrontar, desde la colegialidad episcopal, los problemas pendientes que la Iglesia mantiene como retos históricos. Leyó un texto sobrio y preciso. Se jugó el tipo donde debía de jugárselo. Recibió el menosprecio como respuesta. Pero él mantuvo la serenidad y contención que se espera de un cardenal educado y sensato, además de cardenal evangélico. Para el futuro, nadie podrá decir que en tal sínodo alguien dejó de hablar con rotundidad. Martini lo hizo. Una vez más, dialogó en aras de su enorme talla intelectual. Y creyente.

El servicio a la Iglesia y a la humanidad, pasa por ahí: saber callar y saber hablar. Pero nunca deja de afirmar, donde necesario sea, lo que la propia conciencia nos solicita. Excelente Carlo Maria Martini.

P. de P.

4. Muy breves

Con acento, preguntamos qué pudiera suceder en el norte español, si un día el nacionalismo clásico abandonara al nacionalismo violento, para pactar con los preferentemente estatalistas. Si la violencia pierde un espacio entre ella misma y sus adversarios/enemigos, tal vez decidiera marchar hasta el final en su empresa alucinante. Entonces, nos las tendríamos que apañar para mantenernos metidos en una confrontación desmelenada donde las haya. Cesaría toda palabra, y sería la guerra en su estado más repugnante: el tiro en la nuca y la bomba a distancia permanentes. Algunas estrategias deben pensarse muy despacio. A no ser que tal guerra esté pretendida por quienes jamás la nombran...

En estos casos, las palabras rotundas pueden perdernos a todos. Solamente los mediadores natos triunfan del mal y del dolor.

* * *

Centenario de Luis Buñuel. Más allá del surrealismo óptico, el surrealismo argumental. Esas historias de pequeños burgueses que se instalan en el placer remilgado, pero después no son capaces de abandonar la estancia en la que disfrutaron y se mintieron, hasta experimentar su escondida podredumbre. Imágenes para la imaginación más pedagógica. Blanco y negro relleno de mil cromatismos interiores. *El ángel exterminador* (1962) y *El fantasma de la libertad* (1974). Darse cuenta de que todo permanece idéntico a sí mismo: esa gente sigue sin poder salir de la estancia en que bebiera su copa de la muerte. En lugar de los cerdos al final, pongan pateras actuales. Es una esmerilada probatina...

* * *

De la misma forma que muchos matan con palabras, otros matan con silencios calculados en su remilgada estrategia. Duele darse cuenta de que nuestra sociedad, en todas sus dimensiones, grita y se estremece cuando el poderoso de turno lanza a los cuatro vientos las últimas medidas, que solamente él y unos pocos asesores conocían de antemano. Estamos sumergidos en democracias de cristal. Y la bola acristalada, en la que todos intentamos respirar, no nos pertenece. Pertenece al que ostenta el poder. A pesar de que pueda ostentarlo en nombre de Dios. A pesar de que sea capaz de que nos venda la bola de cristal como voluntad divina. Así, pecan más los que religiosamente pueden más. No debiéramos dudarlos.

D. Hopper